

Un intruso en casa

Me encontré a un intruso en mi apartamento. Lo miré a los ojos, sin decir nada, y lo dejé llevarse todo, a pesar de que le mantenía mi mirada encima, impotente. Fue cuestión de minutos, días, semanas e incluso meses para que aquel sujeto impalpable nos dejase casi sin ningún objeto, más allá del lugar que ocupaban y el inmenso recuerdo que allí se posaba.

De forma inminente, y ya con el daño hecho, recordé todo de lo que nos había despojado. Lo primero que desapareció fue la energía nocturna, aquella con la cual tú y yo creábamos una velada apacible, llena de cosas por expresar, largas conversaciones para discutirnos y escondernos —al mismo tiempo— en el otro, así como un par de miradas cómplices que revelan el más puro de los sentimientos en la oscuridad de la noche. Era entendible, pues una rutina demandante en la vida de ambos era razón suficiente para guardar el instinto y dedicarse a un acompañamiento mutuo dentro del estrés que cada cosa conllevaba.

No lo consideraba mal, al menos para ese entonces, hasta cuando la carencia de tal fragmento de tiempo se intensificó: a mitad de la noche, el frío de mi cama era el calor de tu cuerpo en otra habitación. Ya no había tanto tiempo para dormir en el mismo lugar. Fue la primera vez que sentí en la adultez un miedo irracional, como si de monstruos en el armario se tratase. Me pregunté muchas veces

si mi intuición era acertada, pero llegué a la conclusión de que tales espectros solamente eran una cuestión insensata, aññada.

Lo que no entendí fue que, poco a poco, y de forma selectiva, el intruso planeaba adueñarse de más cosas. Se llevó tu cámara, aquella con la que nos tomabas fotos en el ascensor y con la que salíamos a los centros comerciales para registrar esa imagen tuya de un café luego de pasar por la librería. Cuando te pregunté por ella, te limitaste a decir que se te había refundido la pila, así que no se podía encender.

Empezó por llevarse tu bufanda gris de lana, aquella que me acomodabas con amabilidad y gentileza cuando caía el atardecer en Bogotá. Me reprochabas, entre risas y un tono paciente, el que nunca saliera con chaquetas o sacos a la calle. Pensaba que se había perdido en una visita a la casa de tu mamá. Se robó mi anillo, un día que salía con prisa a trabajar al centro de la ciudad. Sí, ese anillo plateado que me diste cuando grabamos todo el día por las calles de la Avenida Calle 26, justo por los edificios corporativos que se imponían entre las estaciones. Nunca lo volví a ver, a pesar de que recordaba haberlo dejado encima del comedor.

Se robó el color rojo de los semáforos, ese que era el símbolo de un lapso durante el que me besabas para acortar el tiempo del tráfico. En este momento, la ronda de canciones que construimos para escucharla en el carro mientras íbamos a algún lugar, como un ritual para entregar lo que éramos (y somos) en lo mundano, se convertía cada vez más en el sonido ambiente que se mezclaba con la realidad de la ciudad.

Se adueñó de la foto que tomamos en la Carrera Séptima yendo a toda velocidad en tu carro, esa del edificio Colpatria con todas sus

tonalidades, en el momento justo cuando la bandera se apropió de sus pisos. Evocar esta ocasión me hace sonreír con ironía, pues —a pesar de que la fotografía está ahora en sus manos— él desconoce que su significado no obedece a ese preciso instante, sino a todos los sucesos posteriores a ella, desde el momento cuando pasamos enfrente del sitio que fue tu hogar por un mes. Fue algo inesperado, como de repente. Me mostraste tu temor y me dejaste acompañarte en el recorrido hasta un lugar que quedaba casi saliendo de la ciudad. La presencia del sentimiento de hacer algo malo se apoderó de todo, cuando momentos después de observar la residencia llegó ese policía a alumbrarnos con su diminuta linterna, para preguntar por qué nos encontrábamos en una zona donde estaba prohibido parquear. Su presencia fue un mordaz impulso para que hiciéramos algo arriesgado. Luego de escuchar el sermón sobre la necesidad de tener cuidado, casi nos accidentamos, intentando llegar a La Calera, todo por estar estúpidamente en contravía. Tal edificación de arquitectura histórica y cerca viva es un testigo sin palabra, sin presencia.

Noté sus intenciones tiempo después, cuando los dueños de aquellas cosas habíamos dejado de ser nosotros. Lo que nosotros éramos o pudimos ser. Entró por la puerta principal del edificio, se introdujo a mi casa y, sin el más mínimo gesto, se ocupó en hurtar lo conocido. Se llevó el lienzo en donde, con pinturas de colores vibrantes y desordenados, plasmaste lo que sentías por mí cuando me mirabas a los ojos. Le interesó después mi saco cuello tortuga amarillo, ese que dejé de usar porque una de sus mangas estaba rota, la cual no cosí por descuido. Sin embargo, seguía estando tan nuevo como cuando me lo obsequiaste, una tarde fría en Galerías. Tal vez crees que la imagen que tengo de ti en esa ocasión es vaga, pero la

escena en que decides invitarme una ensalada a mí únicamente, porque no te alcanzaba para que comiéramos ambos, sigue vívida en mi mente.

Pasó vilmente por la cocina, y su atrocidad quedó impregnada en Violeta, la planta que juramos cuidar como cuidamos nuestra relación. Algunas de sus hojas cayeron secas a la tierra, en ese momento. Rompió el pocillo azul con puntos blancos, ese que te fascinaba cuando tomábamos té, sentados en el comedor antes de irnos a descansar. Creo que esa distinguida taza hizo que te comenzara a gustar ese tipo de bebidas. No se llevó los trozos, sino que me los entregó en la mano.

Más tarde, noté rápidamente que muchas otras cosas desaparecieron. Se llevó las pinturas que guardaba en la caja del estudio, esas con las que nos retratamos en cada trazo, en cada beso, en cada mirada en silencio, para no olvidar jamás el rostro del otro, ni cómo se veía realmente el amor. Se llevó dos de mis moñas, esa de color marrón y la otra de tono crema que me diste a la semana de habernos conocido, porque sabías que batallaba con mi cabello corto. El intruso cargaba en sus bolsillos cada carta, cada flor, cada tiquete que, en su prudencia y gracia, era cada uno de los eventos que nos constituían a ti y a mí.

Me di cuenta de que estaba intentando robarse el retrato que te hice, ese que te pinté un día antes de tu cumpleaños como una muestra secreta de agradecimiento con la vida misma por el hecho de que estés vivo y de que te encontraras junto a mí en ese nuevo proceso. La forma de tu cara, de tu boina, de tu bufanda desaparecía en la humedad que acogía la tela del cuadro.

Y luego, sin previo aviso, te empezaste a marchar tú.

Lo sentí desde la primera caricia desinteresada, esa que recae en la monotonía. Lo vi en las palabras, cuando dejabas de decirlas, y, de igual modo, lo observé en mí, cuando la distancia era producto de mi silencio también. Aquel intruso, que dejó los espacios de mi habitación, de mi sala, de mi cocina y de mi estudio en ruinas, sin previo aviso se llevó nuestro lenguaje, pero dejó el espacio suficiente para que el cinismo, la ira y la decepción entraran sin ningún problema.

No habría necesidad de evocar tales sentimientos tan negativos si realmente no importaran. El ambiente a veces inhóspito de los que éramos responsables no era más que una frágil respuesta a todo lo que ya no se encontraba allí, a lo que habíamos dejado perder. Cegada por lo absurdo que fue dejar que la fotografía se fuera con él, que en sus dedos estuviese mi tan añorado anillo de plata, que se llevara tu bufanda, esa de color gris, y las pinturas acrílicas; que se quedaran las pilas de tu cámara vieja en el bolsillo de su camisa, las hojas dedicadas al otro en su billetera, y los colores que nacían entre tú y yo entre sus lentes, olvidé que Violeta todo este tiempo estuvo sin agua y rayos de luz.

La Violeta de Los Alpes, esa pequeña planta que me diste apenas me subí al carro para ir a nuestra cita, al inicio de nuestra relación, y que con mucho cariño adoptamos como un símbolo de nuestro amor, se había marchitado. Con un inevitable nudo en el estómago, noté con amargura cómo el rosa de sus pétalos se había vuelto un delgado papel amarillento, sin calidez, sin vida.

Desde hace dos meses, me encontré un intruso en mi apartamento. Se llevó cada uno de los objetos que ocupaban un lugar en mi hogar, hogar que también fue tuyo. El polvo se instauró allí, como si dijera por sí mismo que el tiempo se detuvo cuando dejamos de ser

la razón por la cual tomó vida. Cuando obtuvo todo lo que se le antojó, lo miré a los ojos, sin refutar nada, y lo dejé ir. Justo después de que partiera, dirigí la mirada hacia ti, de nuevo sin decir mucho, y en un intento de consuelo mutuo, me di cuenta de que tú también te lo habías encontrado.

María Fernanda Cárdenas Álvarez